

Estas disensiones fueron lo único que entregó el país á los Normandos, quienes terminaron la conquista en 1072, tomando á Palermo. Puede pues decirse que de entonces data el fin del poder político de los Arabes en Sicilia; pero á causa de la cordura de Roger y de sus sucesores, la influencia de la civilización árabe todavía prevaleció largos años.

Quedó Roger proclamado primer conde de

Sicilia, y se mostró tan hábil organizador como había sido valiente guerrero, mereciendo que se le considere como uno de los hombres más notables de su tiempo, cuyo elogio no puede tampoco negarse á su hijo y sucesor.

Cuando los Normandos conquistaron la Sicilia, la civilización de los Arabes era ya muy floreciente; y como Roger y sus sucesores tuvieron el buen sentido de comprender la supe-



Vista de la Ziza cerca de Palermo

rioridad de los discípulos del profeta, adoptaron sus instituciones, las apoyaron con su protección, y aseguraron por ende al país una era de prosperidad que se conservó hasta el día en que por el advenimiento de los reyes de la casa de Suabia (1194), se expulsó á los Arabes.

Al organizar Roger á Sicilia, habitaban en la isla cinco pueblos de costumbres y lengua diferentes: los Francos (particularmente Normandos y Bretones), y los Griegos, Longobardos, Judíos y Arabes; cada uno de los cuales tenía un código diferente; pues los Griegos seguían el de Justiniano, los Longobardos el propio, los Normandos el derecho franco, y los Arabes el Corán. Mucha tolerancia y equidad se necesitaban para gobernar en paz á tan diversas gentes

en un mismo territorio. Los Arabes habían sabido comprenderlo así, y Roger lo comprendió también; y como los musulmanes eran la aristocracia intelectual é industrial de la nación, Roger los protegió con privilegios especiales. Los edictos de este soberano se promulgaban frecuentemente en árabe, griego y latín; la mitad de las inscripciones de las monedas estaban en árabe, y la otra mitad en griego ó latín; unas monedas llevaban el símbolo de Cristo, y otras el de Mahoma; habiéndolas también que estaban acuñadas con ambos símbolos.

Siguieron los sucesores de Roger la misma política. Guillermo II había estudiado la lengua de los Arabes y se servía de éstos para las cuestiones más delicadas. Bien es verdad que

ellos pagaron á los Normandos estas deferencias, pues hasta en tiempo de Roger se alistaron en las banderas de éste para ayudarle á vencer algunas sublevaciones.

Cosa de un siglo después de la conquista, en 1184, los Arabes, según los cronistas de Sicilia, eran aquí muy numerosos; y en Palermo poseían grandes distritos, y tenían mezquitas, imanes y un cadí para juzgar sus pleitos. Debíase también á su concurso que la corte de los reyes normandos de Sicilia fuese brillantísima; pues Abulfeda llega á compararla con la de los califas de Bagdad y el Cairo.

II

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN SICILIA

Poco numerosos son los datos que nos permiten reconstruir el estado de la civilización de los Arabes en dicha isla; por reducirse á algunas indicaciones diseminadas en varias páginas de las crónicas, á un corto número de monumentos salvados de la destrucción, y á algunas monedas. Sin embargo bastan á demostrar que si la civilización de los Arabes en Sicilia fué inferior á la de Egipto y España, valió mucho, pues cuando éstos se marcharon del país, el nivel intelectual, industrial y social de la isla era muy superior al que existía cuando llegaron; y como nada sirve más para medir la influencia civilizadora que el mejoramiento que un pueblo produce en otro, apreciando este resultado, no puede negarse que los Arabes fueron en Sicilia de una utilidad extraordinaria.

Cuando terminó la conquista de la isla por los musulmanes, éstos no tardaron mucho en comenzar el período de la organización. Desde la época de los Cartagineses, Sicilia se dividía en dos provincias: la Siracusana y la Palermitana. Pero los Arabes la dividieron en tres valis, división más apropiada á la geografía de la isla. Cada vali tenía su gobernador, y comprendía varios distritos, administrados por caides dependientes de los gobernadores respectivos. En Palermo establecieron un mufti, ó juez supremo; y en cada localidad un cadí, acompañado de un escribano. Todas las ciudades tenían sendos recaudadores de contribuciones; y un gran consejo, llamado diván, desempeñaba las funciones de tribunal de cuentas, y examinaba las entradas y salidas de fondos.

En todo lo que no concernía á los asuntos de interés general, los cristianos conservaron sus

leyes religiosas y civiles y el derecho de gobernarse; los antiguos magistrados griegos, llamados *estrategos*, continuaron en sus empleos, con sus privilegios y hasta con el mismo nombre; juzgando las cuestiones entre cristianos, y recaudando la capitación impuesta por los Arabes; la cual era de 48 dinars anuales por cada rico, de 24 por el acomodado, y de 12 por el que vivía del trabajo de sus manos. Este impuesto no llegaba de mucho al que se pagaba en tiempo del dominio griego; y además estaban exentos de él los frailes, las mujeres y los niños.

Todo lo concerniente al derecho civil, como propiedades, sucesiones, etc., había sido tan bien apropiado por los Arabes á las costumbres del país, que los Normandos lo conservaron, una vez dueños de la isla.

Bajo aquel dominio, los cristianos habían conservado sus leyes y usos, como también el libre ejercicio de su culto; y según el cronista Coradino, prior de Santa Catalina de Palermo, los sacerdotes podían ir á llevar el viático á los enfermos, revestidos de sus ornamentos sacerdotales. El presbítero Maurocoli refiere que en las ceremonias públicas de Mesina figuraban dos estandartes: el uno, perteneciente á los musulmanes, representaba una torre negra en campo verde, y el otro correspondiente á los cristianos, ostentaba una cruz dorada en campo rojo. Conserváronse todas las iglesias que existían al hacerse la conquista; pero los conquistadores, separándose de lo que se practicaba en España, prohibieron que se edificasen otras nuevas.

Así que pudieron ya tenerse por verdaderos dueños de Sicilia, dedicáronse á la agricultura y á la industria, sacándolas en breve de la decadencia en que estaban: introdujeron en el país el algodón, la caña de azúcar, el fresno y el olivo; construyeron obras de canalización que todavía subsisten, y dieron particularmente á conocer los acueductos de sifón, que entonces nadie conocía, fuera de ellos.

La industria debióles también progresos importantes, explotándose sistemáticamente las riquezas naturales del país, como plata, hierro, cobre, azufre, mármol, granito, etc., é introdu-



Monedas cristiano-árabes de los reyes normandos de Sicilia.

ciendo en la isla el arte de trabajar la seda. Consérvase todavía en Nuremberg un manto de seda, que perteneció á los soberanos de Sicilia, y está cubierto de una inscripción en caracteres cúficos con la fecha de 520 de la hégira (1133 de J.-C.), y todo concurre á indicar que desde esta isla se extendió por Europa el arte de teñir las telas.

El comercio, que antes de los Arabes, nada era, tomó grandes proporciones, como lo demuestran los numerosos derechos de aduana que se cobraban bajo su dominio, y de los cuales hallamos una larga nomenclatura en los diplomas normandos de los primeros tiempos de la conquista, en cuyos documentos se pone de manifiesto con cuántos objetos comerciaba la isla.

No subsiste hoy en Sicilia más que un corto número de monumentos musulmanes, entre los que descuellan el palacio de la Ziza y el de la Cuba junto á Palermo: edificios que confirman los elogios que los cronistas dan al esplendor de todos los antiguos. El fraile Teodosio y el geógrafo Edrisi particularmente, hablan con admiración de los palacios adornados de mármoles preciosos y de brillantes mosaicos, y cercados de jardines maravillosos, que existían en tiempo de los Arabes. El fraile Teodosio, que cayó prisionero en el sitio de Siracusa en 878, y fué llevado á Palermo, alaba también los palacios, mezquitas y arrabales de esta ciudad.

El árabe Edrisi que compuso su gran tratado de geografía en la misma Palermo, bajo el reinado de Roger II, es decir, poco después de la conquista cristiana, nos dejó la siguiente descripción de esta ciudad:

«Palermo, metrópoli de la noble Sicilia, está dotada de todos los géneros de gloria, lo mismo que de todos los esplendores. Esta ciudad, una de las más ilustres del universo, ha sido la residencia del gobierno, desde los tiempos primitivos. Hállase situada á orillas del mar, y está rodeada de altas montañas; y según afirman todos los viajeros, no hay otra donde se viva más regaladamente. Al desembarcar en sus magníficos andenes, el forastero contempla con admiración aquellos palacios imponentes, aquellas altas y macizas torres, los esbeltos campanarios que sobresalen de las iglesias de los cristianos, y las vastas cúpulas de las mezquitas; quedando sobre todo maravillado de la perfección de la labor y del gusto artístico con que se construyeron esos suntuosos edificios. Divídese Palermo en dos partes: el castillo y el arrabal. El castillo (*El-Kassr*) debe ser teni-

do por uno de los puntos más fuertes; y se divide en tres distritos que contienen mercados cubiertos, bazares y bellas y nobles habitaciones. Allí viven todos los mercaderes cristianos, musulmanes y judíos. También está situada aquí la mezquita grande, que supera todo lo que cabe imaginar en pintura, escultura y ornamentación agraciados, originales y exquisitos. Al Norte descuella una fortaleza que mandó levantar el rey Roger; cuyo edificio está hábilmente distribuido y ordenado; su altura es considerable, y lo adornan gran número de arabescos y de inscripciones trazadas con arte sorprendente. El arrabal da la vuelta á toda la ciudad, y se halla construido en el sitio de la ciudad nueva, que llevaba el nombre de *El-Kalessa*, donde residía en tiempo de los musulmanes el lugarteniente del califa: es muy grande, conteniendo un gran número de casas, de mercados, baños, tiendas y caravanserais, ó mesones. En las afueras de Palermo no se ve más que fuentes regaladas, sotos resplandecientes de verdor y alquerías deliciosas. Ni es posible á la imaginación comprender, ni á la pluma escribir todas las seducciones de los contornos de esta ciudad, cuyo conjunto tiene un golpe de vista admirable.»

La superioridad de los Arabes en los conocimientos artísticos, industriales y científicos explica fácilmente la protección que los reyes normandos les dieron. Los mismos frailes admiraban su sagacidad, aunque atribuían fácilmente á maleficios todas sus invenciones; y entre los pasajes curiosos que les conciernen, citaré un extracto de cierta crónica latina, que indica bastante claramente la opinión que los cristianos tenían de los musulmanes.

«Roberto Wiscard, dice el cronista, descubrió en una de sus expediciones una estatua colocada encima de una columna de mármol, y coronada de un círculo de bronce en el cual estaban grabadas las siguientes palabras: «El día 1.º de mayo al nacer el sol, poseeré una corona de oro.» Nadie pudo explicar el significado de estas palabras; y sólo un sarraceno de Sicilia, prisionero del conde y muy perito, como todos los hijos de Agar, en las ciencias ocultas y secretos de las figuras, hizo saber á Roberto que había adivinado el sentido que encerraba aquella leyenda; de modo que si le devolvía la libertad, le revelaría la explicación. Prometióle Roberto enviarle libre á Sicilia, y entonces el sarraceno le aconsejó que el 1.º de mayo, al salir el sol, mandase cavar en el sitio ocupado por la

extremidad de la sombra de la estatua; lo cual hizo el conde, hallando allí grande y rico tesoro.»

III

INVASIÓN DE LOS ÁRABES EN FRANCIA

Después de conquistada España, los Arabes hicieron frecuentes incursiones en Francia, pero nada indica que tuviesen intención de establecerse allí formalmente. Verdad es que, como ya se ha hecho observar con toda razón, el clima demasiado frío de Francia no tenía atractivo para ellos. Los Arabes sólo podían prosperar en las regiones templadas del mediodía, y efectivamente no moraron largo tiempo sino en las partes más meridionales de Francia.

Cuando los Arabes aparecieron en este país en el siglo VIII de nuestra era, gobernaban á Francia aquellos reyes que han recibido el nombre de holgazanes; y debilitada la nación por la más deshecha anarquía feudal, ofrecía fácil presa á los invasores. Así es que estos se apoderaron sin trabajo de la mayor parte de las ciudades meridionales, y después de tomar á Narbona en el Langüedoc y de sitiar en 721 con mal éxito á Tolosa, capital de la Aquitania, se apoderaron sucesivamente de Carcasona, Nîmes, Lión, Macón, Autún etc., extendiéndose por todo el valle del Ródano, por el Delfinado y la Borgoña.

Toda la mitad de la Francia actual, desde las orillas del Loira hasta el Franco Condado, quedó invadida por los musulmanes; bien que estos, como no tenían la intención de fijarse de un modo definitivo en el país, se reducían á ocupar militarmente ciertos puntos importantes, destinados á servir de centros para nuevas incursiones en las comarcas donde esperaban hallar ocasión de recoger botín.

La más importante de aquellas incursiones fué la mandada por Abderrahmán, y que contuvo cerca de Poitiers en 732 de nuestra era, Carlos Martel. Después de juntar Abderrahmán en España un ejército bastante importante, pasó el Garona, apoderóse de Burdeos, á pesar de la resistencia de los Aquitanos y Vascones, mandados por el duque Eudes, y en seguida se dirigió á Poitiers.

Corrió Endes á implorar el auxilio de Carlos Martel, quien con el título de mayordomo mayor de Palacio, reinaba en nombre de dos reyezuelos merovingios, en la Austrasia y la Neus-

tria. «Como muchos señores franceses, dice un cronista árabe, hubiesen ido á quejarse á Carlos del exceso de males que los musulmanes ocasionaban; y le hablasen de la vergüenza que caería en el país si se dejaba así á unos hombres armados á la ligera y desprovistos de todo tren militar, afrontar á guerreros cubiertos de corazas y provistos de todas las armas más terribles que la guerra puede ofrecer. Carlos respondió: «Dejadlos hacer; que se hallan en los días de su mayor audacia, y son como un torrente que todo se lo lleva y arrastra. El entusiasmo les sirve de corazas, y el valor, de plaza fuerte. Pero cuando tengan las manos llenas de botín, cuando se hayan aficionado á las bellas moradas y á las comodidades de la vida, cuando la ambición se haya apoderado en los generales, é introduciéndose la división en sus filas, entonces iremos á buscarlos, y los venceremos.» El razonamiento de Carlos Martel era matemático. Pero grande debía de ser el terror que inspiraban los Arabes cuando se prefería dejarlos saquear el país que atravesaban antes de procurar contenerlos.

Abderrahmán pudo, por consiguiente, continuar su marcha triunfal, asolar las fértiles llanuras que separan á Burdeos de Tours, y apoderarse de las riquezas de las ciudades; pues como la regla invariable de los Arabes, según lo hemos visto en numerosos ejemplos, consistía en librar del pillaje á las comarcas donde pensaban establecerse, la conducta de Abderrahmán bastaba por sí sola á revelar, que al meterse en Francia, no se proponía más que una expedición fructuosa. Verdad es que lo fué tan imponderablemente, que cuando los Arabes llegaron á Tours, el botín les embarazaba de tal modo, que apenas podían dar un paso. Al saber la aparición de Carlos Martel, que había convocado, por levantamiento general, á los guerreros de los reinos unidos anteriormente bajo el cetro de Clodoveo, Abderrahmán conoció que era hora de retirarse, y retrocedió hácia Poitiers; pero como Carlos Martel le picaba la retaguardia, determinó presentarle la batalla.

El ejército cristiano se componía de Borgoñones, de Alemanes y Galos; y el de Abderrahmán de Arabes y Berberiscos. El combate estuvo indeciso durante una parte del día; pero á la caída de la tarde, un cuerpo de soldados francos se destacó del grueso del ejército para caer sobre el campamento de los musulmanes, los cuales abandonaron el campo de batalla para correr desordenadamente á defender su botín. Esta torpe

CAPILLA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA